

NO SOY UN TERRORISTA, NI UN LOCO, NI UN ASESINO.
SÓLO SOY UN PADRE... Y ESTA ES MI HISTORIA.



el Paciente

Juan Gómez-Jurado

«*El Paciente* es una montaña rusa
de emoción e intriga.
No has leído nada igual»

KATHERINE NEVILLE
autora del *best seller* mundial *El Ocho*

Descubre
el booktrailer



Juan Gómez-Jurado



El Paciente

Todo comenzó con Jamaal Carter. Si no le hubiese salvado, las cosas podrían haber sido muy distintas.

Cuando sonó el busca me froté los ojos con furia. El sonido me había sobresaltado, y me desperté de mal humor. Desde luego que el entorno no ayudaba. La sala de descanso de cirujanos de la segunda planta olía a sudor, a pies y a sexo. Los residentes siempre andan más calientes que la freidora de un McDonald's en hora punta; no me extrañaría nada que un par de ellos hubiesen estado botando en la litera de arriba mientras yo roncaba.

Tengo el sueño pesado. Rachel siempre bromeaba diciendo que para levantarme había que usar una grúa. Pero esa regla no se aplica para el busca: el maldito trasto consigue despertarme al segundo bip. Es la consecuencia de siete años como residente. Si no respondías al busca a la primera, el jefe de residentes se hacía un tambor con tu culo. Y si no conseguías un hueco para echar una cabezada durante las guardias de treinta y seis horas, tampoco sobrevivías. Así que los cirujanos terminamos desarrollando una gran capacidad para quedarnos dormidos y una respuesta pavloviana al sonido del busca. Llevo cuatro años como médico de plantilla y mis guardias se

han reducido a la mitad, pero el condicionamiento continúa.

Palpé bajo la almohada hasta dar con el trasto. En la pantalla LED figuraba el 342, el número de la planta de neurocirugía. Miré el reloj cada vez más enfadado. Tan sólo faltaban veintitrés minutos para que terminase mi turno, y la mañana había sido movida, con un accidente de tráfico que había comenzado en Dupont Circle y terminado en la mesa de mi quirófano. Me había pasado tres horas recomponiendo el cráneo de un agregado cultural inglés. El tipo no llevaba aquí ni dos días y ya había descubierto por la vía difícil que en Washington se sale de las rotondas por el lado contrario al que se sale en Londres.

Las enfermeras sabían que estaba descansando, así que si alguien me había mandado aquella alerta debía de ser algo grave. Llamé al 342, pero comunicaba, así que decidí acudir a ver qué sucedía. Me remojé la cara en la pila del lavabo que había al fondo sin encender la luz. En aquellos días procuraba mirarme al espejo lo menos posible.

Salí al pasillo. Eran las seis menos veinte, y el sol se ponía ya tras las copas de los árboles en Rock Creek Park. La luz entraba a través de las enormes vidrieras y formaba rectángulos anaranjados en el corredor. El año anterior hubiese disfrutado de la hermosa vista, incluso mientras corría hacia el ascensor. Pero ahora ya no despegaba la mirada del suelo. El hombre en el que me había convertido no admiraba paisajes.

En el ascensor me encontré con Jerry Gonzales, uno de los enfermeros asignados a mi servicio, transportando

una camilla. Me sonrió con timidez y yo le saludé con la cabeza. Era un hombre robusto, y tuvo que echarse a un lado para que entrase. Si hay algo que dos varones heterosexuales odian es rozarse en un ascensor, y más si, como nosotros, llevan muchas horas sin ducharse.

—Oiga, doctor Evans, gracias por el libro que me prestó el otro día. Lo tengo en la taquilla, luego se lo devuelvo.

—Da igual, Jerry, puedes quedártelo —dije agitando la mano para restarle importancia—. Yo ya no leo mucho.

Hubo un silencio incómodo. En otro tiempo hubiésemos intercambiado pullas o chascarrillos ingeniosos. Pero eso era antes.

Casi pude escuchar cómo se tragaba las palabras que quería decir. Mejor: no soporto la compasión.

—¿Le ha tocado el pandillero? —dijo al fin.

—¿Por eso me han llamado?

—Ha habido un tiroteo en Barry Farm. Las noticias llevan un buen rato hablando de eso —dijo señalándose la oreja, donde viajaban eternamente unos auriculares—. Hay siete muertos y un montón de heridos. Una guerra de bandas.

—¿Y por qué no los llevan al Medstar?

Jerry se encogió de hombros y se hizo a un lado para dejarme pasar.

Salí del ascensor en la cuarta planta, donde está el servicio de neurocirugía. El Saint Claire es un hospital pequeño, privado y extremadamente caro. Ni siquiera muchos de los habitantes de Washington han oído hablar de él. Situado en el linde sur de Rocky Creek Park, cerca del puente Taft, es un lugar tremendamente esnob. Sus principales clientes son los residentes de Kalo-

rama, buena parte de ellos extranjeros y altos funcionarios de las embajadas; gente sin seguro médico cuyos gobiernos pagan a regañadientes las enormes facturas. No es muy accesible en ningún sentido, ni es probable que hayas visto el Saint Claire al pasar por la zona. Para llegar al enorme edificio victoriano de ladrillo rojo y ventanas blancas tienes que ir a propósito.

Para mi disgusto, la política del hospital tampoco cree en el servicio público: a los accionistas les gusta mantener los gastos bajos y los ingresos altos. Pero afortunadamente, al igual que todo hospital de Estados Unidos, el Saint Claire está obligado a atender cualquier urgencia que llegue a su puerta. Y así es como me encontré con Jamaal Carter.

Estaba en el centro del pasillo, frente al puesto de las enfermeras. Un policía y dos paramédicos, con los uniformes empapados de sangre, lo escoltaban. Allá donde había tocado las zonas reflectantes de la ropa, el fluido vital había formado manchas negras y ominosas. Los paramédicos tenían el rostro desencajado y hablaban entre ellos en voz baja. Considerando la clase de mierda con la que tenían que lidiar cada día, tenían que venir de algo muy muy gordo.

Una de las residentes de urgencias estaba junto a la camilla con cara de circunstancias. Debía de ser nueva, no la conocía.

—¿Eres el neurocirujano? —me preguntó al verme llegar.

—No, soy el fontanero, pero me han prestado esta bata tan chula para que no se me manche el mono.

Me miró desconcertada durante un instante, y tuve que guiñarle un ojo para que supiera que hablaba en

broma. Se rió, nerviosa. Siempre viene bien rebajar un poco la tensión a los chavales. Los internos suelen tratarlos como si fuesen caca de perro pegada al zapato, así que cualquier mínimo gesto humano es para ellos como un vaso de agua en pleno desierto.

Señaló al chico de la camilla.

—Varón, 16 años, Glasgow 15, herida por arma de fuego. Tiene 10/6, pulso 89. Está estable, pero el proyectil se ha alojado junto a la T5.

Le eché un vistazo al TAC que me alargó la residente para ver la situación exacta de la bala. No pintaba bien. Me incliné sobre él. El pandillero estaba boca abajo. Iba vestido con unos pantalones de rapero y una cazadora azul de los Wizards. Alguien la había desgarrado con unas tijeras para atender una herida superficial en el brazo derecho, cubierto de tatuajes. El otro brazo estaba esposado a la camilla.

A la cazadora le faltaba buena parte de la espalda. Allí donde debía de estar el escudo del equipo alguien había recortado un enorme espacio de tela, y en su lugar había un agujero de bala que apenas sangraba. El impacto le había alcanzado en la columna, entre ambos omóplatos. Sus constantes eran estables, su vida no corría peligro, pero la herida podía haber afectado al sistema nervioso.

El pandillero se quejó levemente, y yo me agaché para mirarle a la cara. Tenía los rasgos delicados, y estaba atontado por los calmantes. Le toqué en la mejilla para llamar su atención.

—Colega, ¿cómo te llamas?

Tuve que repetir la pregunta varias veces hasta que me contestó.

—Jamaal. Jamaal Carter.

—Escucha, Jamaal, vamos a ayudarte, pero necesito que me eches una mano. ¿Puedes mover los dedos de los pies?

Le quité unas Nike carísimas, que antes del tiroteo habían sido blancas y ahora eran de un vino sucio. Los dedos no se movieron. Presioné con la punta del boli en el centro de la planta.

—¿Notas esto?

Negó con la cabeza, muy asustado. Si aquel chaval había cumplido los dieciséis, yo era un buhonero polaco. Cada vez entraban en las bandas más jóvenes.

«*Idiota, idiota, idiota*», pensé.

—¿Qué está haciendo este chico aquí? —le grité a la jefa de enfermeras, que acababa de colgar el teléfono y estaba saliendo del puesto para acercarse. Se frotaba las manos nerviosamente.

—Nos lo han derivado del Medstar. Ellos están hasta arriba. Doctor...

—No me refiero a eso. ¡Digo que por qué demonios no está en el quirófano! Hay que sacarle esa bala inmediatamente —dije empujando la camilla.

Ella se colocó delante, impidiéndome el paso. Ni siquiera me molesté en intentar apartarla. No vale la pena pelear con la jefa de enfermeras, y menos con una que pesa treinta kilos más que tú. Cuando está detrás del mostrador parece llevarlo puesto.

—Siento haberle avisado, doctor Evans. Pero he hablado con la jefa de servicio y no autoriza la operación.

—¿De qué estás hablando, Margo? ¡La doctora Wong está en un congreso en Alabama!

—Ha llamado para saber si había novedades después

de que yo le mandase a usted la alerta al busca. —Me miró como disculpándose y meneó la cabeza—. Cuando se ha enterado de lo del pand..., de lo de este paciente, ha pedido que se le estabilizase como marca la ley. Ahora estamos esperando a que algún centro público nos dé autorización de traslado para derivarle allí.

Respiré hondo y apreté los dientes. Era muy fácil para la jefa de servicio dar un par de órdenes desde su suite en un hotel de cinco estrellas. Pero allí, en el mundo real, había un chico al que derivarían a un centro sobrecargado, donde con mucha suerte lo atendería un residente agotado que afrontaría una operación de alto riesgo con pocas garantías. Si echaban a aquel chico del Saint Claire, lo más probable es que jamás volviese a caminar.

—Está bien, Margo. Yo llamaré a la doctora Wong —dije, sacando el móvil—. ¿Hay algo que queráis decirme? —pregunté a los paramédicos mientras escuchaba el tono de llamada.

—La bala ha rebotado en la pared antes de darle, por eso no le ha matado —respondió uno meneando la cabeza—. Si le hubiese dado un par de centímetros más a la derecha, apenas habría sido un rasguño, pero...

«Su mala suerte es ahora la nuestra.»

Levanté un dedo y me aparté de los paramédicos. Al otro lado de la línea mi jefa acababa de descolgar el teléfono.

—Ni te molestes, Evans.

—¿Qué tal los martinis, jefa?

—No vas a operarle.

—Stephanie, no es más que un niño que necesita ayuda.

—Una ayuda que cuesta noventa mil dólares que nadie nos podrá pagar.

—Jefa...

—Evans, nosotros ya hemos doblado nuestro presupuesto *pro bono* para este año. Y estamos aún en octubre. Lo siento, pero es un no.

—Se quedará paralítico —fue todo lo que fui capaz de decir. Como si ella no lo supiese.

—Tendría que haberlo pensado antes de meterse en una banda.

Que nadie juzgue con dureza a la jefa de servicio Wong por sus palabras. Cierto, es una zorra sin corazón, pero también una cirujana fuera de serie. Su obligación era velar por los intereses del hospital, y eso es lo que estaba haciendo. Y en cuanto a lo de los prejuicios por ser pandillero..., los médicos somos así.

Racionalizamos.

Tomamos decisiones difíciles a partir de los datos de los que disponemos y los recursos con los que contamos. ¿Sólo hay un riñón disponible? Se lo damos al paciente más joven, incluso aunque esté varios puestos por detrás en la lista de espera. ¿Fumas dos paquetes de cigarrillos al día a pesar de esos enormes mensajes de advertencia? No esperes que derramemos una lágrima por ti si vienes con cáncer de pulmón. ¿Bebes como un cosaco? Lo más probable es que cuando nos muestres tu cirrosis hagamos chistes sobre paté. A tus espaldas, claro.

¿También yo soy así?

Es una buena pregunta. La respuesta no es sencilla. No soy un monstruo, soy un ser humano igual que usted. Pero paso tanto tiempo viendo el mal que sufren buenas personas de forma aleatoria que, cuando le sucede a al-

guien con un motivo, le traslado la culpa. Es un instinto de conservación primario del cerebro humano. Trabajo con lo que puedo, intentando no tomarme los casos de manera personal. Los meapilas y los políticamente correctos dirán que eso es inhumano, pero créame, de esa forma podemos dar la mejor atención posible.

Aun así, de vez en cuando un paciente aleatorio hace algo insólito. Aparece ante ti con una colonia fuerte que te recuerda a tu padre adoptivo, un gesto determinado, un deje en el habla. O como en el caso de Jamaal, unos ojillos asustados.

Y entonces todas esas defensas que tanto te has empeñado en imaginar indestructibles se traspasan como un papel de fumar. Y haces algo que no deberías hacer: te implicas.

—Stephanie, por favor... ¿Cómo puedo convencerte?

—De ninguna forma. Vas a esperar once minutos a que finalice tu turno y luego vas a irte a casa. Así será problema de otro.

Había algo en su voz, un tono extraño que no estaba descodificando adecuadamente. Me apreté con fuerza el puente de la nariz intentando descubrir qué.

«*Once minutos.*»

Entonces comprendí lo que implícitamente me estaba diciendo mi jefa. Como cirujano presente de mayor rango, durante los siguientes once minutos la responsabilidad legal del destino del muchacho era mía. Única y exclusivamente.

—Doctora Wong, he de colgar. Ha habido un empeoramiento en las condiciones del paciente. Temo por su vida. Voy a operarle para sacarle la bala.

—Lamento oír eso, Evans —se despidió ella, tensa.

Ladré unas cuantas órdenes lacónicas, y de inmediato los paramédicos se hicieron a un lado. Las enfermeras metieron al paciente en el quirófano. Tenía que conseguir un anestésista, pero eso no iba a ser un problema: ninguno en este hospital sería capaz de negarme nada.

No después de lo que había pasado con Rachel.

Antes de lavarme las manos para la operación, hice una última llamada.

—Svetlana, ha surgido una urgencia. No voy a llegar a tiempo a cenar.

—Muy bien, doctor Evans —respondió ella con su mecánico tono eslavo—. Me encargaré de acostar a su hija. ¿Quiere que se lo diga yo?

Había prometido a Julia leerle un cuento aquella noche. Había roto tantas veces aquella promesa que sentí vergüenza de no ser yo mismo quien lo admitiese.

—No, pásamela —suspiré.

Oí a Svetlana llamando a la niña, intentando hacerse oír por encima del volumen de la tele.

—¡Hola, papi! ¿Cuándo llegas? ¡Te echo de menos! ¡Hay pollo para cenar!

—Hola, princesa. No puedo ir, hay un chico que ha tenido un problema y sólo papá puede ayudarlo, ¿sabes?

—Ya.

El silencio que siguió estaba cargado de toda la culpabilidad que puede hacerte sentir una niña de siete años. Fría, pegajosa y desagradable.

—¿Qué estabas viendo? —dije, intentando animarla.

—Bob Esponja. Ese cuando Plancton dice que ya no quiere robar la fórmula de la Burguer Cangreburguer y monta una tienda de regalos.

—Y el señor Cangrejo no para hasta que le convence de que se la intente robar otra vez. Me encanta ese episodio.

—También le gustaba a mami.

Tardé unos segundos en contestar. Tenía un nudo en la garganta y no quería que ella lo notase.

—Iré a arroparte en cuanto llegue. Pero ahora necesito que te portes bien, por el equipo.

Julia suspiró, para dejar claro que no se conformaba con aquello.

—¿Me darás un beso de buenas noches? ¿Aunque esté dormida?

—Te lo prometo. —Invoqué nuestro grito de batalla, el que Rachel había inventado—. ¿Equipo Evans?

—¡Adelante! —respondió ella sin demasiado entusiasmo.

—Te quiero, Julia —fue lo último que le dije antes de entrar al quirófano.

Ella colgó sin contestar.

Eran las once y media de la noche y yo arrastraba los pies por el parking, exhausto tras la larga operación, cuando mi móvil sonó de nuevo. Era mi jefa.

—¿Cómo ha ido?

Arrastraba las vocales al hablar, y supe enseguida que la factura del minibar iba a ser considerable. Probablemente no iría cargada a la cuenta de gastos del hospital, sino que la pagaría la propia doctora Wong en efectivo. Todos los cirujanos bebemos, y bebemos mucho más cuantos más años tenemos. Ayuda a dormir y a calmar el temblor de las manos según te vas haciendo viejo. Pero

lo que nunca, nunca hacemos es admitirlo en público. A no ser que, como es ahora mi caso, no tengas nada que perder.

—Bueno, hay un pandillero que volverá a aterrorizar las calles de Anacostia dentro de tres a cinco años. O un poco antes por buena conducta —dije, buscando en el bolsillo las llaves del coche.

—Tendré que informar a la junta. Ya ha habido quejas con respecto a tu uso liberal de los recursos, Evans. Espero que tu informe posterior justifique la decisión de operar.

Por muy agotado que estuviese, aquella frase la entendí a la perfección.

—No te preocupes, jefa. El informe será impecable —dije empapando mis palabras de cinismo—. El Victor Hugo de la literatura médica. No pienso darles la ocasión de despedirme.

Stephanie se rió.

—Si la operación del viernes sale bien, serás intocable. Para siempre. Podrás ser jefe de servicio en cualquier hospital del país —dijo con envidia.

Le agradecí que no mencionase la posibilidad contraria. Sería igual de definitiva.

—No exageres. Será el éxito de todo el servicio de neurocirugía.

Ella se rió de nuevo, un poco demasiado fuerte. Estaba oficialmente borracha.

—Tengo dos exmaridos que mentían mejor que tú, Evans. Ahora vete a casa y descansa. Mañana tienes cita con El Paciente —dijo remarcando mucho las mayúsculas.

—Tranquila, jefa. Puedo con todo.

—¿Qué edad tienes, Evans? ¿Treinta y seis?

—Treinta y ocho.

—A este ritmo no cumplirás los cuarenta, muchacho.

Corté la llamada y giré las llaves en el contacto. El familiar rugido del Lexus resonó bajo el capó, y yo sonreí por primera vez en todo el día. Por primera vez en muchos días, en realidad. Antes de que acabase la semana las cosas iban a empezar a sonreírnos por fin, como no lo habían hecho desde la muerte de Rachel. Tendría un trabajo mejor, una vida mejor. Tiempo para estar con Julia.

«Intocable. Me gusta cómo suena.»

En menos de una hora iba a saber lo equivocado de mis palabras.

Al abrir la puerta me recibió un silencio inquietante.

Era casi medianoche, pero no era la clase de silencio que esperas encontrar en un barrio residencial. Vivimos en Dale Drive, en Silver Spring; dentro del Beltway por muy poco, pero dentro al fin. La nuestra es una casa de los años treinta, revestida de piedra gris. Tal vez la haya visto fotografiada por fuera en el *National Enquirer* o en uno de esos repugnantes blogs sensacionalistas. Uno de ellos incluso consiguió imágenes de la página web de la agencia a la que se la habíamos comprado Rachel y yo. Entonces ella estaba embarazada de Julia. Pintaba un enorme oso sonriente en la pared del dormitorio de la niña cuando rompió aguas. Corrimos al hospital con tanta alegría como miedo.

A pesar del precio, con los sueldos de ambos no hubo problemas para comprar la casa justo antes de que estallase la burbuja inmobiliaria. Pero después de que ella se fuese, mantenerla empezó a ser cada vez más complicado. Rachel tenía un seguro de vida cuya beneficiaria era Julia, pero huelga decir que no soltaron ni un centavo de aquel dinero. Sólo recibimos una carta exquisitamente formal que hacía hincapié en la «voluntariedad» de la de-

cisión de Rachel y se copiaba entera la cláusula 13.7 del contrato del seguro. Aún recuerdo las náuseas que sentí cuando hice una bola con el maldito papel y lo arrojé a la basura. Un abogado que había leído el caso en el periódico se presentó un día en casa y me dijo que podíamos demandarlos, pero lo envié a paseo. Aquello hubiera sido obsceno, por mucha falta que nos hiciese el dinero.

No era sólo la hipoteca, también estaba Julia. El horario de un neurocirujano que tiene que hacer guardias extra para cubrir las facturas no es precisamente estable. Tuve que contratar empleadas de hogar internas. La primera que tuvimos fue una mujer brasileña que hacía un mes se había esfumado en el aire, sin más. Los días siguientes fueron una pesadilla de agenda, y la pobre Julia tuvo que pasar varias tardes en el puesto de enfermeras, coloreando diagramas en blanco y negro de los viejos libros de anatomía que encontraba en mi consulta. Los riñones le salían muy bien, eran una suerte de Mr. Potato chepudos y simpáticos.

Con todo el desempleo que hay, mis anuncios en *Craigslist* y en *DC Nanny* no recibieron ni un solo correo electrónico de contestación. Hasta que un par de semanas atrás llegó el currículum de Svetlana, y fue como si nos hubiese tocado la lotería. No sólo cuidaba genial de Julia, sino que cocinaba como los ángeles. Ponía enormes cantidades de grasa de oca en todo, al estilo de su Belgrado natal, y yo ya había engordado un par de kilos. Siempre que llegaba, por tarde que fuese, había un plato de comida caliente en la encimera.

Excepto aquella noche.

Aquella noche sólo había silencio.

Dejé mi maletín en una de las sillas de la cocina y tomé una manzana de la cesta de frutas para calmar el hambre. Mientras la mordisqueaba, me fijé en que sobre la mesa había un libro para colorear de Dora la Exploradora, con un dibujo de Botas a medio terminar. Me extrañó que Julia se hubiese ido a la cama sin completarlo. Siempre insistía en acabar los dibujos antes de acostarse, en parte para retrasar la hora del sueño y en parte porque no iba con su carácter dejar las cosas a medias. Tal vez estuviese aún enfadada porque yo no hubiese llegado a tiempo para la cena.

Cerré el libro y un crayón rojo rodó sobre la tapa y cayó al suelo. Me agaché para cogerlo y noté un súbito dolor en la yema de los dedos. Retiré la mano corriendo y vi que me había cortado con algo: un par de gotas de sangre me resbalaban por el índice.

Maldiciendo en voz baja me levanté, fui hasta el fregadero y puse el dedo bajo el grifo durante un par de minutos. Es difícil hacer comprender a alguien que no ha pasado la mitad de su vida dedicado a la medicina lo que siente un neurocirujano por sus manos, pero la palabra más cercana es reverencia.

Las cuido con una obsesión rayana en lo enfermizo, y cuando ocurre algún pequeño accidente doméstico, siento un pánico atroz hasta que evalúo los daños. ¿Sabes ese miniataque al corazón que te sobreviene cuando tu jefe o tu mujer te dicen «Tenemos que hablar»? Pues es algo parecido.

Por eso guardo Hibiclens, gasas y tiritas en el armario de la cocina. Bueno, y en los cuartos de baño. Y en el garaje, y en la guantera del coche. Más vale prevenir.

Cuando me hube puesto antiséptico suficiente como

para esterilizar un contenedor de basura, me agaché de nuevo bajo la mesa. Esta vez aparté la silla y miré antes de meter la mano. Encajado entre la pata de la mesa y la pared había un trozo de cerámica. Lo saqué con cuidado y vi que era parte de una taza de Dora. A la joven aventurera le faltaba la cabeza, y el malvado zorro Swiper la acechaba con una sonrisa siniestra desde detrás de un arbusto.

Rachel le había comprado aquella taza a Julia. Era su favorita.

«Espero que no haya visto cómo se rompía, o habrá llorado hasta hartarse, la pobre», pensé.

Tiré el trozo de cerámica a la basura y subí las escaleras enseguida. Quería darle un beso cuanto antes, incluso despertándola si hacía falta. Aquella simple pieza de vajilla la habíamos encontrado por casualidad en un Home Depot, y yo no pensaba a menudo en ella. Pero de pronto verla hecha pedazos, a menos de dos semanas del primer aniversario de la muerte de Rachel, despertó dentro de mí una oleada de recuerdos de aquel día.

Era sábado y ambos teníamos el día libre en el hospital. Fuimos los tres en busca de un sofá, pero el trato era que nuestra hija sería la encargada de elegirlo. Saltó sobre todos los muebles de la tienda antes de decidir que ninguno era lo bastante suave o tenía suficientes elefantes en la tapicería. Salimos de allí sin nada más que aquella taza y un enorme bigote marrón que a Julia le quedó después de beberse un chocolate. Se negó a quitárselo y vino todo el camino hasta casa haciéndonos muecas bigotudas por el retrovisor.

Me invadió una terrible sensación de pérdida.

En aquel momento yo necesitaba un abrazo tanto como debió de necesitarlo Julia cuando se rompió la

taza. Abrí la puerta de su habitación, que estaba extrañamente a oscuras. Julia siempre dormía con una lamparita de noche encendida. Busqué a tientas el interruptor, y la reconfortante y tenue luz rosada desterró la oscuridad a los rincones.

La cama estaba vacía.

Aquello era muy raro. Tal vez Julia estaba teniendo una mala noche y le había pedido a Svetlana dormir con ella, pero si era así lo mínimo que la niñera podía haber hecho era dejar una nota.

«¿Y por qué diablos está la cama hecha? ¿Es que ni siquiera ha probado a acostarla?»

Lamentando lo que me parecía una anormal falta de disciplina por parte de Svetlana, volví a la planta baja. Ella tenía allí su dormitorio, al otro lado de la cocina, en una habitación espaciosa y con una pequeña zona de estar que daba al patio trasero.

Llamé a la puerta suavemente, pero no hubo respuesta. Abrí la puerta con cuidado y encontré la habitación vacía.

No es que no hubiera nadie, es que había desaparecido todo rastro de que el dormitorio hubiese sido habitado recientemente. Habían desaparecido las sábanas y la funda de la almohada, las alfombras y las toallas del baño. No había productos cosméticos, ni ropa en los armarios. Y de cada una de las superficies emanaba un fuerte olor a lejía.

La sensación de vacío en la boca del estómago que había sentido al entrar en casa se acrecentó, como cuando llegas a lo más alto de la montaña rusa y sabes que estás a punto de caer.

—¡Julia! —grité—. ¡Julia, cariño!

Fui por toda la casa encendiendo todas las luces y llamando a mi hija. Tenía los dientes apretados, tanto que me dolieron las encías al cabo de un par de minutos. La sangre me repiqueteaba en las sienes al ritmo de un tenedor en un cuenco de claras de huevo, y era consciente de cada respiración.

«*Para —pensé, aunque la voz que resonaba en mi cabeza era la del doctor Colbert, el hombre que me había enseñado cómo sostener un bisturí por primera vez—. Mantén la cabeza fría. Concéntrate en los problemas uno por uno. Define una línea de actuación.*

»*Hay que localizar a Svetlana.*

»*Llámalala al móvil.*»

Tenía su número guardado en favoritos. Lo marqué, pero saltó el buzón de voz.

«*¿Dónde pueden estar a estas horas?*»

Paseando frenéticamente de un lado a otro del salón, hice una lista mental de los sitios a los que podían haber ido. Svetlana usaba para los recados el Prius que había pertenecido a Rachel, pero este seguía en el garaje, y el motor estaba frío. Eso reducía mucho las posibilidades. Tal vez podían haber ido a casa de un vecino, pero entonces, ¿por qué no habían dejado una nota? Y lo más importante: ¿por qué faltaban las pertenencias de la niñera de su habitación?

No quedaba otro remedio que avisar a la policía. Al FBI, a la Guardia Nacional, a los putos Vengadores. Quería a mi hija de vuelta, y la quería ya.

Marqué el 911.

Comunicaba.

«*¿Está comunicando? ¿Cómo diablos puede comunicar el 911?*»

Me detuve un momento intentando serenarme. Ni siquiera sabía lo que podía decirles. ¿Qué es lo que recomendaban en aquellos folletos que repartían en los centros comerciales y en las reuniones de la Asociación de Padres? Que recordásemos cómo iba vestida. ¿Qué podía llevar Julia?

En la habitación de la niña no parecía faltar nada, ni siquiera unos zapatos. Todo aparecía pulcro y ordenado. Demasiado incluso. El pijama que había usado Julia ayer, uno amarillo con la cara de Bob Esponja, no estaba bajo la almohada ni en el cesto de la ropa sucia. Normalmente los usaba durante dos o tres días antes de echarlos a lavar. Siempre se ponía el pijama antes de cenar.

¿Y luego qué? ¿Svetlana había recogido sus cosas, fregado con lejía y salido por la puerta caminando con una niña en pijama? Sus objetos personales debían de abultar un par de cajas. No podía habérselo llevado todo.

Alguien tenía que haber venido a buscarlas. Alguien que había aprovechado las horas extra que yo había pasado en el quirófano sacando la bala de la columna de Jamaal Carter.

«Es culpa mía. Maldita sea, tenía que haber estado aquí, en mi casa, protegiendo a mi hija.»

Volví a marcar el 911.

Comunicaba otra vez.

Me aparté el teléfono de la oreja y lo miré con extrañeza. Aquello era imposible, pero no me paré demasiado a pensar porque de pronto se me ocurrió algo.

«Pero si alguien se las ha llevado a la fuerza, ¿por qué no hay signos de lucha, más allá de la taza rota?»

Aquel pensamiento hizo que se me resecase la garganta. Svetlana tenía que haber preparado todo esto. Tal vez había secuestrado a Julia por dinero. ¡Por Dios santo, yo había confiado en aquella joven! ¡La había acogido bajo mi techo!

«Concéntrate. Recuerda todo lo que sabes de ella.»

Era de Belgrado. Tenía veinticuatro años. Estudiaba Filología Inglesa y quería obtener un doctorado en los Estados Unidos. Tenía una carta de recomendación de sus profesores en la Universidad de Novi Beograd. Se había trasladado para el nuevo curso y necesitaba dinero para sobrevivir en la carísima D. C.

Era baja y delgada, de apariencia frágil. Parecía despierta, aunque tenía un aire un poco triste. Se había hecho amiga de Julia enseguida, y la niña la había admitido rápidamente. Parecían entenderse a la perfección. Al fin y al cabo, Svetlana también había perdido a su madre a una edad parecida a la que tenía Julia cuando Rachel se fue. Fue durante la guerra de Bosnia, pero de eso no le dijo nada a la niña. Me lo confesó a mí durante la entrevista inicial.

Me dio el número de teléfono de su director de tesis en Georgetown. Un hombre de voz afable, que aseguró que Svetlana era una estudiante de confianza.

Todo parecía legítimo y yo la necesitaba desesperadamente, así que le di el trabajo. Ella ni siquiera tenía móvil, tuvo que comprarse uno para que estuviésemos en contacto. No llamaba a su país, ni tenía amigos en Washington. Incluso pasaba los días libres estudiando, encerrada en su habitación. Jamás la había visto hablando con nadie, excepto...

Excepto la semana anterior.

Una idea loca empezó a formarse en mi cabeza, y de pronto empecé a cabrearme muchísimo. Tomé las llaves del coche.

Tenía que comprobar aquello antes de volver a llamar a la policía.

El padre de Rachel y yo nunca nos habíamos llevado bien.

Mientras éramos novios se esforzó muy poco por ser amable. Sonreía al saludarme, me estrechaba la mano y se la volvía a meter en el bolsillo más rápido de lo que un político se guardaría tu último dólar. Pero las miradas que me dedicaba de refilón, cuando creía que yo no me daba cuenta, hubieran derretido mis fórceps de aleación de cromo-vanadio.

—Son imaginaciones tuyas, cariño —me susurraba Rachel cuando se escapaba de su habitación para meterse en la mía—. Tan sólo es un gruñón que quiere lo mejor para sus hijas.

—Voy a ser un jodido neurocirujano, Rachel. ¿Qué más quiere?

—Ha vivido toda su vida protegiendo a sus pequeñas. Ya verás cuando seas padre y tengas a algún jovencuelo paseando por casa un arma de este calibre —decía ella, metiendo la mano bajo las sábanas y palpando el arma en cuestión.

Lo cierto es que la familia Robson era una piña. Rachel era la mayor y la más responsable de las dos hermanas. Una mente ordenada y racional, estudiando para

ser anestesista, siempre reconviniendo a la pequeña Kate acerca de todas las locuras que se le ocurrían a esta. Aura, la madre, era un espíritu alegre y parlanchín, una centella de un lado a otro de su cocina, preparando pan de maíz y cotilleando acerca de sus vecinos. Y luego estaba Jim, el patriarca, un virginiano de pura cepa, de los que aún sentían mareos por el viaje en el *Mayflower*. Sorbiendo su cerveza en el porche, irritado ante la presencia de aquel joven residente alto y moreno que decía ser el novio de su hija.

—¿Y qué noticias hay del Norte? —decía él siempre.

—Bueno, ya sabes, Jim, ahora la bandera ya lleva cincuenta estrellas.

Nunca se reía de mis patéticos intentos de bromear, y la cosa no fue a mejor después de la boda. Pero los dos nos esforzábamos, y las reuniones con los Robson eran casi agradables, aunque me hacían sentir incómodo. No sólo por la actitud de Jim, ojo. Sentía que no terminaba de encajar. La verdad es que esto de la familia no se me había dado nunca demasiado bien.

Yo soy huérfano y nunca conocí a mis padres biológicos. Hasta los nueve años mi hogar fueron varias casas de acogida, donde el resto de los niños no eran hermanos, sino rivales con los que peleabas por la comida y los recursos. Después me adoptó una pareja de Pottstown, Filadelfia. Él era médico rural, y ella su enfermera y ayudante. Murieron en un accidente de coche en mi segundo año de universidad, antes de que conociese a Rachel, dejándome huérfano por segunda vez. El choque me hizo perder todo aquel curso. Desde niño la pena había habitado en mi casa, pero durante años parecía haberse quedado escondida en un armario. El día de la muerte de

mis padres volvió a salir, raspándolo todo con sus negras zarpas afiladas, y sólo Rachel había conseguido mantenerla a raya.

Ahora ya no está, y Julia y su familia son todo lo que tengo.

Así que desde hace quince años recorro una hora y media de camino cada tres domingos —además de los cumpleaños, Acción de Gracias, Navidad y Cuatro de Julio— hasta Fredericksburg. Aunque a la velocidad a la que había puesto el Lexus aquella madrugada, iba a llegar en la mitad de ese tiempo.

No recuerdo lo que marcaba el salpicadero, sólo que tenía el cuerpo rebosante de adrenalina y que casi me mato en el desvío de Falmouth. Habré tomado esa salida centenares de veces, pero aquella noche iba tan rápido que me la pasé. Pegué un frenazo en seco que dejó la mitad de mis neumáticos en el asfalto, y puse el coche marcha atrás en plena, I-95. No sé en qué diablos estaba pensando. Por suerte, era más de la una y la autopista tiene cuatro carriles, porque aquella imprudencia pudo haberme costado cara. Detrás de mí aparecieron un enorme tráiler, los faros en el retrovisor y una estridente bocina cada vez más cerca.

Justo antes de que chocásemos el conductor logró aminorar la marcha lo suficiente como para cambiar de carril. Su parachoques delantero pasó rozando el mío, y el rebufo de las veinte toneladas del camión agitó mi pequeño deportivo como un estornudo la llama de una vela.

Me detuve en el arcén entre la I-95 y la salida 133, luchando por recobrar la calma. Aquella manera de actuar

era absurda y no le haría ningún bien a Julia. Había estado a punto de matarme

Y todo por una estúpida corazonada.

Hacía un par de semanas mis suegros habían pasado por casa a ver a la niña. Jim es el dueño de una pequeña cadena de ferreterías bastante conocida, Robson Hardware Repair. Seguro que han oído alguna vez el eslogan: «Hágalo usted mismo y tendrá al mejor empleado». Tanto la ferretería como el eslogan le van al pelo al bueno de Jim, que es duro como una piedra. La cadena tiene cinco o seis sucursales, aunque ninguna al norte de Arlington. Era difícil ver a Jim cruzar el Potomac, salvo en días como aquel, en que tenía una reunión en el D. C.

Aura anunció su entrada como de costumbre, con una discreción digna de una campana de bronce cayendo por unas escaleras. Dos veces.

—¡Juliaaaaa! ¿Dónde está mi tarrito de miel?

La niña llegó a toda velocidad, usando el final de su carrera para deslizarse sobre el parqué con los calcetines. Le echó los brazos al cuello y la cubrió de besos.

—¡Abuela! ¡Ven a mi habitación, quiero enseñarte algo! —dijo tomándola de la mano y arrastrándola.

Yo saludé a Jim y le ofrecí algo de beber, sabiendo de sobra que diría que no. Nunca probaba el alcohol cuando conducía. Se sentó en mi sofá mirando la decoración con desagrado. A Rachel le gustaban los muebles de líneas limpias y sencillas, algo que no iba con el carácter tradicional de su padre.

—Julia ha crecido mucho. Llevábamos más de un mes sin verla.

—Últimamente he tenido mucho trabajo —me defendí, molesto.

Reconozco que desde que Rachel murió habíamos espaciado un tanto las visitas, pero también me fastidiaba bastante ser yo quien tuviese que bajar siempre a la niña. Había la misma distancia desde Silver Spring a Fredericksburg que de Fredericksburg a Silver Spring. Pero no lo dije, por cortesía. Y también porque mi suegro me sigue intimidando bastante, qué diablos.

—Ese es precisamente el problema, David. Trabajas demasiado.

Curiosa frase viniendo de alguien que se había tirado media vida viajando de una de sus tiendas a otra, y que sabía de memoria hasta el último de los tornillos que tenía en stock.

—No comprendo a dónde quieres ir a parar, Jim.

—No es bueno para Julia que trabajes tanto.

A aquello no pensaba responder. Me encogí de hombros y le miré fijamente. No apartó la vista.

—Acabo de vender la cadena, David.

La noticia me pilló completamente por sorpresa. Jim se había ufanado siempre de que el día que la muerte viniese a buscarle le encontraría detrás del mostrador. Yo siempre me lo imaginé mirando con desaprobación el filo de la guadaña de la Parca y ofreciéndole una piedra de afilar de marca Bester.

—Pero, Jim..., esas tiendas... son tu vida.

Se revolvió incómodo en el asiento y se cruzó de brazos.

—Desde lo de Rachel apenas podía concentrarme en el trabajo. Llevo meses pensando en que la vida es demasiado corta, y en ella hay más cosas de las que ocuparse aparte de llaves Allen.

Esas eran exactamente las palabras que Rachel le decía siempre cuando estábamos sentados a la mesa, entre el puré de patatas y el pavo.

—Los de Ace Hardware han intentado comprarme el negocio muchas veces, ya lo sabes —continuó—. Hoy me he reunido con ellos y les he dicho que sí. No me han pagado tanto como me hubiesen dado hace cinco o seis años; las cosas están mal. Pero aun así me han dado más que suficiente para el resto de mi vida. Tengo sesenta y tres años, he trabajado como un animal durante medio siglo. Me he ganado el derecho a disfrutar de la jubilación y a cuidar de lo que más me importa.

—Eso es cierto, Jim. Has tomado una buena decisión. Enhorabuena.

El viejo meneó la cabeza, reuniendo tal vez el valor para lo que de verdad quería decir. Finalmente lo escuchó a su estilo, duro y a la cabeza.

—No me has entendido, David. Quiero que Julia se venga a vivir con nosotros.

Le miré boquiabierto e hice un sonido ridículo, a medio camino entre la risa y la incredulidad.

—Debes de estar bromeando.

Pero no había ni rastro de humor en los ojos de Jim Robson.

—Será un alivio para ti. Te estoy haciendo un favor. Y es lo mejor para mi nieta.

—¿Estás insinuando que me alegraría de librarme de mi hija, Jim? —dije yo, intentando asimilar todo aquello, cada vez más enfadado.

—Washington no es lugar para una niña. La convertirán en uno de esos robots con uniforme. Una buena escuela pública en una ciudad pequeña le iría mejor.

Aquello me dolió especialmente. Rachel y yo habíamos buscado la mejor escuela para Julia desde el mismo momento en que supimos que estaba embarazada. Habíamos optado por una que primase el arte y la alegría por encima de la competitividad. Por cada plaza en ese colegio había doce solicitudes. Habíamos hecho colas interminables y pedido un favor tras otro a todos nuestros conocidos hasta que conseguimos que la admitiesen. Y ahora venía aquel metomentodo a cuestionarnos.

—Julia va a la Maret School, una de las mejores escuelas privadas del país, donde, por cierto, no llevan uniforme. Y desde luego no creo que seas tú quién para decirme cómo debo educar a mi hija.

—Piénsalo. Así tendría a alguien en casa al volver de la escuela, alguien que le prestase atención. Y comida de verdad, buena comida casera. Tiene las piernas demasiado huesudas.

Me puse en pie y rodeé la mesa del sofá para acercarme a él. Se levantó inmediatamente.

—Escucha, Jim. Por el respeto que te tengo, y por honrar la memoria de Rachel, voy a hacer como si esta conversación nunca hubiera tenido lugar —dije haciendo un gesto con la mano, como quien ahuyenta una mosca—. Eres el abuelo de la niña, y nada más que eso. Serás bienvenido a esta casa siempre que quieras. Pero te ruego, si no quieres que eso cambie, que nunca vuelvas a mencionar una barbaridad semejante.

Me aparté y él se volvió a sentar.

—Te arrepentirás de esto, David —masculló entre dientes, humillado. Yo ignoré aquella frase, deseando que aquella insensatez terminase cuanto antes.

—Será mejor que vaya a ver qué está haciendo Julia —dije desapareciendo escaleras arriba.

Al bajar, un rato más tarde, me extrañó no ver a Jim en el salón. Fui hacia la cocina y lo encontré allí, hablándole a Svetlana al oído. Ella asentía, muy seria. Cuando se percataron de mi presencia ambos se separaron algo azorados.

En el rostro de mi suegro había una expresión culpable.

En aquel momento no le concedí importancia a lo sucedido. La velada amenaza de Jim me pareció el fruto de la rabieta de un hombre acostumbrado a estar siempre en posesión de la verdad y a salirse siempre con la suya. Y el hecho de que estuviese hablando con Svetlana lo interpreté entonces como una mera demostración de autoridad tras haber sido herido en su orgullo. Me imaginé que estaría sermoneándola sobre qué clase de comida darle a su nieta, o sobre la calidad de los tomates de Virginia, que, dicho sea de paso, es magnífica.

Pero al llegar a mi casa una hora antes y no ver a Julia, al haber deducido que Svetlana no podía haberse marchado por sus propios medios, la amenaza me parecía muy real y el susurro al oído de la *nanny* alcanzaba proporciones de conspiración.

Mientras tomaba el último desvío antes de llegar a la casa de los Robson, la mente me bullía con las mismas preguntas que me había venido haciendo todo el camino.

¿Se habría atrevido Jim a llevarse a su nieta? ¿Cómo había conseguido la colaboración de Svetlana? ¿Le ha-

bría ofrecido dinero? No sabía cuánto le habían dado los de Ace Hardware por la venta de la empresa, pero creo recordar que Rachel mencionó hace años una oferta de varios millones de dólares. Aunque la venta se hubiese cerrado a la baja, Jim estaba en condiciones de pagarle a una joven extranjera sus estudios de doctorado. Cierto que era un cabezota inflexible y testarudo, pero ¿podía llegar hasta ese punto para salirse con la suya?

«No puede ser tan estúpido —pensé—. Tiene que darse cuenta de que un plan así no puede salir bien. ¿Cree que voy a limitarme a mirar para otro lado mientras se queda con mi hija, como si fuera un cortacésped que nunca le reclamás al vecino al que se lo prestaste?»

Llegué finalmente junto a la casa de mis suegros y aparqué el coche en la cuesta empedrada que llevaba al garaje, que quedaba a un lado de la propiedad, una finca rústica que la familia Robson poseía desde hacía cuatro generaciones. Habían sido pobres buena parte de ese tiempo —Rachel fue la primera Robson que logró ir a la universidad—, pero en orgullo no les ganaba nadie.

Caía una lluvia suave que no sirvió para atemperar mis nervios. Mientras me acercaba, me extrañó que el farol sobre la puerta principal estuviese apagado. Solían dejarlo encendido toda la noche, igual que un par de luces en la planta baja. Mis suegros creen que eso del cambio climático es un invento de Al Gore para vender libros.

Subí los escalones en dos zancadas, y ya tenía la mano en el aldabón para llamar cuando la puerta se abrió de golpe. Jim estaba allí, vestido sólo con una bata de cuadros. Me miró de arriba abajo y luego se hizo a un lado. No parecía sorprendido de verme.

—Pasa y no hagas ruido. Las dos están durmiendo arriba.

El alivio al escuchar aquellas palabras fue inmenso. De pronto el peso que traía en el pecho se aligeró, y pude respirar hondo por primera vez en horas. Me fijé en que tan sólo llevaba una zapatilla, y sus pies hacían un ruido extraño al caminar. Yo seguía estando enfadado, pero la imagen de las pantorrillas flacas y desnudas de mi suegro era lo bastante lamentable como para ahuyentar mis ganas de pelear.

Seguí aquellos talones agrietados y reseco hasta su estudio, el lugar donde cada noche se relajaba viendo un rato la tele mientras tomaba una cerveza antes de ir a dormir. Solo que aquella noche Jack Daniel's había sustituido a Budweiser en la alineación titular. Y por lo visto lo estaba dando todo.

El otro cambio era más inquietante aún: la televisión estaba apagada, y sobre el butacón de Jim había un marco de fotos grande, de plata. Era evidente que el viejo lo había tenido en las manos. De sobra sabía yo que el lugar de aquel marco no era el estudio de Jim, sino la repisa de la chimenea.

Lo cogió al sentarse y se sirvió otro dedo de whisky.

—Se la veía tan llena. Tan feliz, David.

Levantó la foto para enseñármela, pero no era necesario. Conocía bien los detalles de aquella imagen, porque muchas noches había tenido una copia de ella en las manos y bebido hasta quedarme grogui mirándola, al igual que el viejo. Al menos teníamos aquello en común.

Era una foto de nuestra boda. Rachel sostenía un ramo de flores en la puerta de la iglesia, y nos mirábamos. Yo no veía en su rostro la felicidad de la que ha-

blaba Jim, al menos no una felicidad desbordante y exagerada. Veía la seguridad plena de haber encontrado a tu compañero de vida. Pero claro, yo no sólo había visto la foto, había estado al otro extremo de aquella mirada.

—Sin duda lo estaba, Jim. Creo que fue feliz durante todo el tiempo que estuvimos juntos.

Él ladeo la cabeza y se quedó dudando un momento, como si lo estuviera considerando. Su piel estaba tan reseca como el pergamino, y sus mejillas ocultas tras una telaraña de venitas rojas. Miró detenidamente el fondo de su vaso, como buscando allí la respuesta. Y luego lo vació de un trago.

—Sí. Sí, creo que tienes razón.

Se sirvió más. Hizo un gesto hacia mí con la botella, pero negué con la cabeza y él no insistió. Alguien tenía que tener la mente serena en aquel momento, y yo estaba agotado y demasiado nervioso como para ponerme a beber. Tan sólo quería coger a Julia y largarme de allí, pero no podía irme sin hablar con él, y además me rompía el corazón arrancar a la niña de la cama a aquellas horas de la noche. Mucho me temía que iba a tener que quedarme a dormir.

—Era tan dulce. Como una canción suave, *Oh sweet Rachel, oh my darling dear...* —tarareó durante un rato, cada vez más borracho y con la voz más torpe—. Era imposible enfadarla. Tan juiciosa.

—¿Crees que ella hubiera aprobado esto?

—A ella no le molestaba que su padre bebiese una copa de vez en cuando. No, señor.

—No me refiero a eso, Jim. ¿Dónde está Svetlana?

Me miró de hito en hito, con los ojos muy abiertos.

Las ojeras, que formaban un par de hamacas negras, se difuminaron por un instante en el macilento rostro.

—Pues en tu maldita casa, supongo. ¿Está Julia aquí? ¿La has traído?

No tuve que pararme a deducir si mentía. La expresión de sorpresa era abrumadoramente real. Y con ella me invadió una sensación de confusión. Me mareé y tuve que agarrarme al brazo del sillón.

—No, claro que no la has traído. Nunca la traes. Estas muy ocupado salvando vidas de otros, Dave —dijo, convirtiendo la voz en un susurro.

Yo apenas le escuchaba. Sus palabras eran puñales que se me clavaban en las entrañas, pero había algo mucho más importante. Respiré hondo e intenté interrumpirle.

—Jim...

—Las vidas de todos son importantes, pero no la de tu mujer, ¿verdad, Dave?

—Jim, cuando he llegado...

—El gran neurocirujano, la futura estrella, y no lo viste venir, ¿verdad, estrellita? No lo viste, no lo viste venir.

—¡Jim!

—¡¿Qué?!

—Jim, has dicho que estaban arriba. ¿Quién está arriba?

Se detuvo y pareció confuso durante un instante, como si sus oídos estuviesen captando el eco lejano de mi pregunta. Finalmente, esta pareció abrirse camino entre las brumas del alcohol.

—¿De qué estás hablando? Pues mi mujer. Y Kate, quién va a ser. Está de permiso. Y ha venido a ver a sus viejos, la buena de Kate. Ella sí sabe dónde está su corazón.

Para entonces tenía ya la lengua tan pastosa que apenas pude entender el final de la frase, que sonó a *donds-táshucrozón*, pero poco me importó, porque la intuición que me había llevado allí se había esfumado. Todo aquello había sido un enorme y desagradable malentendido. Julia llevaba varias horas desaparecida, y nadie la estaba buscando. Y para colmo yo estaba allí, a sesenta millas de mi casa, cuando tenía que estar hablando con la policía para que buscasen a Svetlana y a los cómplices que pudiese tener. De pronto la ansiedad y el miedo me inundaron de nuevo.

Me puse en pie y saqué el móvil. Marqué el 911 y me puse el auricular en la oreja.

Comunicaba.

Aquello no tenía ningún sentido. El número de emergencias no puede comunicar nunca. Una sensación extraña me atenazó el cuello, como una idea que no puedes recordar del todo o un grito en la distancia cuya naturaleza no terminas de identificar.

Algo no iba bien, y no sólo con Julia.

—Escucha, Jim..., necesito usar tu teléfono.

El viejo negó con la cabeza y se puso a su vez en pie tambaleándose.

—No te pongas a llamar ahora. Quiero hablar contigo.

—Es una emergencia. Hay...

En ese momento sonó la alerta de SMS de mi móvil. Miré la pantalla enseguida, creyendo que podría ser Svetlana, pero no era ella. El identificador estaba vacío. Ni siquiera ponía «desconocido». Estaba en blanco.

SAL DE AHÍ, DAVE.

Desbloqué la pantalla y abrí el programa de Mensajes para ver quién lo había enviado, pero el texto que acababa de recibir no aparecía por ninguna parte. El más reciente era uno de un compañero del hospital, horas atrás.

—¿Qué dices de una emergencia, David? Para ti siempre han estado las emergencias por encima de tu familia. Sí, todos más importantes, el gran Cirujano Importante, sí, señor. Un mierda, eso es lo que eres.

Levanté la cabeza ante el insulto y fui a contestar, pero la alerta de mensajes sonó de nuevo.

**NO HABLES MÁS CON ÉL.
NO LE DIGAS NADA ACERCA DE JULIA.**

—Jim, si te callas un momento, yo te ex...

—¡No te atrevas a mandarme callar en mi propia casa! Ella estaba enferma, hijo de puta. Enferma, todo el tiempo, delante de tus narices. Delante de tus putas narices de sabelotodo yanqui.

No respondí. Estaba demasiado aturdido por todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor para prestarle atención a las palabras de mi suegro, que bien pensado eran la única manera en la que un hombre como él sabía pedir auxilio. En aquel momento todo el odio, todo el rencor, todo el resentimiento que parecía haber conseguido expulsar y dirigir contra mí no encontró eco alguno, y por consiguiente volvió a él multiplicado por tres.

—Respóndeme, maldita sea —dijo, levantando el puño para pegarme. Tenía el rostro encendido por la ira y la borrachera.

Yo lo esquivé como pude echándome a un lado. Él trastabilló, se fue hacia delante y derrumbó la mesita auxiliar que había junto a su butacón. La bandeja con el whisky y los vasos cayó al suelo, y hubo ruido de cristales rotos.

La alerta de mensajes sonó de nuevo.

VUELVE A CASA, DAVE.
ALGUIEN TE ESTÁ ESPERANDO.

Me dirigí a grandes zancadas hacia la puerta, mientras la sensación extraña que había estado sintiendo se multiplicó. Todo parecía irreal a mi alrededor, y yo no era capaz de orientarme en la oscuridad. Iba tan deprisa que me golpeé la cadera con un mueble. Noté un dolor punzante en el costado, y abrí la puerta principal de golpe. La lluvia había arreciado hasta convertirse en una cortina de agua que había dejado los escalones de la entrada convertidos en una trampa resbaladiza. Volví a tropezarme, y esta vez caí de rodillas en el césped empapado.

«Toda la habilidad que Dios te puso en las manos te la sacó de los pies, Dave.»

La voz cristalina de Rachel resonaba en mi cabeza mientras me levantaba con los pantalones cubiertos de barro. Odiaba cuando ella se reía de mi torpeza. Hubiese puesto el grito en el cielo si me hubiese visto entrar en el Lexus de aquella guisa.

Yo hubiese cambiado todos los coches del mundo por oírla burlarse de mí, tan sólo una vez más.

—¡Vuelve aquí! —gritó Jim desde la puerta.

Apenas podía ver lo suficiente como para meter las

llaves en la cerradura del coche. La maldita pila del mando fallaba, y yo nunca me acordaba de cambiarla. De pronto la luz del exterior se encendió, y yo logré introducir la llave en su sitio. Me di la vuelta, agradecido, pero enseguida agaché la cabeza al ver venir hacia mí la botella de Jack Daniel's de mi suegro. Esta se estrelló contra la carrocería del coche, al lado del espejo retrovisor, partiéndose en mil pedazos y dejando una fea abolladura.

En aquel momento me llegó el cuarto mensaje, que fue el que terminó de ponerme los pelos de punta. Subí al coche y arranqué. Sin tiempo para dar marcha atrás hasta la carretera, di la vuelta sobre el césped. Jim bajó corriendo las escaleras y dio un golpe sobre el capó.

—¡Corre! ¡Corre! ¡Es lo único que sabes hacer!

La figura del viejo amenazándome con el huesudo puño en alto se mantuvo un par de segundos en mi retrovisor, pero apenas me fijé, pues en lo único que pensaba era en Julia y en el mensaje que acababa de recibir.

NADA DE POLICÍA.

No puedo recordar cómo fue el camino de vuelta a casa aquella noche.

Sé que estaba en un estado de confusión total, como jamás he sentido antes y no creo que nunca vuelva a sentir. La incertidumbre y la angustia se habían apoderado de mí, y manejaba el coche como un autómata, perdido en mis pensamientos. Las preguntas que había venido haciéndome en el viaje de ida habían sido sustituidas por otras nuevas, y eran mucho más inquietantes. Terribles visiones de en manos de quién podía estar Julia cruzaban por mi mente, a cual más espantosa, en un tráfico incesante y perturbador.

«*Que esté bien. Por favor, por favor*», repetía, intentando exorcizar aquellas imágenes.

Me pregunto a quién le suplicaba. Supongo que al Dios en el que no creo, y al que he acabado volviéndome tantas veces en busca de ayuda. Aquí, a dos celdas de donde yo me encuentro escribiendo estas líneas, hay un recluso que dice que en el corredor de la muerte no hay ateos.

Es fácil comprender por qué.

Cuando llegué a Dale Drive ni siquiera me molesté en meter el coche en el garaje. Lo dejé en el camino de entrada, abierto y con las llaves puestas. Bajé a toda prisa y entré en casa como una exhalación. Me quedé parado en el recibidor, con el aliento entrecortado —más por la tensión que por la breve carrera—, confuso y poniendo la alfombra perdida de barro, hasta que llegó un nuevo mensaje.

VE AL SÓTANO.

La puerta de acceso está entre el recibidor y la cocina, disimulada en la pared con el mismo papel pintado que el resto del pasillo. Tuve que tirar fuerte, pues siempre se atasca un poco.

Bajé las escaleras muy despacio. Los escalones crujían bajo mi peso. La madera era muy vieja, probablemente la misma de la construcción original. Nunca habíamos tenido tiempo ni dinero para cambiarla, y de todas formas tampoco bajábamos mucho. A mitad de descenso algo me golpeó en la cara. Era el cordón de la bombilla. Tiré de él, y la luz amarillenta llenó de sombras alargadas y rincones tenebrosos allí donde antes sólo había un muro de negrura.

Seguí bajando, consciente demasiado tarde de que horas antes, cuando había buscado a Julia, me había limitado a abrir la puerta del sótano, llamar a gritos y cerrarla, sin llegar a bajar. Un escalofrío me atenazó la espalda. Quizás había cometido un error fatal.

Cuando llegué al final de la escalera la bombilla parpadeó un par de veces y luego se apagó, dejándome completamente a oscuras. Había una caja con bombillas

en una estantería al fondo, pero el sótano era bastante grande y a tientas no lograría cruzarlo sin romperme una pierna. Cogí el teléfono y abrí la aplicación que convierte la luz del flash en una linterna.

—¿Julia? —llamé, en un esfuerzo por calmarme. No sabía lo que esperaba encontrar, pero estaba muy muy asustado. Y no sólo por la niña, sino porque tengo un miedo cerval a la oscuridad. La estrecha isla de luz que brotaba del teléfono apenas paliaba ese temor.

Me acerqué a la estantería metálica donde guardamos los suministros eléctricos y otras cosas de poco uso. Me encontré con un obstáculo. Era la bici de Rachel, que estaba tirada en el suelo. Aquello me extrañó, porque nadie la había usado desde hacía más de un año, y tendría que haber estado en su soporte de la pared. Detrás había unas cajas, así que no podía saltar la bicicleta. Tuve que rodearla, pasando junto a la caldera.

Lo que vi me dejó sin aliento.

Ella estaba allí.

Nunca he tenido miedo, ni a la sangre ni a la muerte. Incluso diría que he llegado a sentir por esas cosas una atracción que otros calificarían de malsana. El recuerdo más nítido de esa atracción data de cuando yo tenía once años. Era el verano de 1989, se estrenaba una peli de Batman y los niños de nuestra calle corrían de un lado a otro con sus máscaras y sus camisetas con murciélagos, creyendo que ser un superhéroe huérfano justiciero era algo de lo más molón. Yo hubiera podido decirles un par de cosas acerca de no tener padres, pero estaba muy ocupado con mis cosas.

Por desgracia, el doctor Roger Evans, mi padre adoptivo, tenía una opinión muy firme acerca de relacionarse con otros chicos, y aquella tarde salió al patio trasero decidido a compartirla.

—David, ¿es que no vas a salir a ju...?

Se detuvo en mitad de la frase sorprendido.

Yo estaba en el suelo acucillado. Frente a mí había un gato, uno de los de la señora Palandri, que vivía al final de la calle. En mi mano había un palo, y con él estaba ocupado alzando buena parte del intestino grueso del pobre bicho.

El doctor no se mostró ni horrorizado ni asqueado, sólo sorprendido.

Otro en su situación —yo mismo incluso si encontrase así a Julia— hubiese gritado, reaccionado visceralmente, cualquier cosa. Pero no el doctor Evans. Él era un hombre cuyo mayor placer consistía en irse al arroyo Nalgansett con una caña y pescar, quieto, durante horas.

Era un hombre paciente. Yo había tenido ocasión de probar los límites de esa paciencia cuando llegué a su casa, dos años atrás. Al principio la cosa no fue bien. Rompí cosas, recuerdos valiosos de familia. Me negué a comer. Insulté.

El doctor Evans y su esposa se limitaron a esperar. Unas semanas después de mi llegada, él subió a mi habitación y me dijo:

—Te has portado todo lo mal que has podido, y no te hemos echado. Ni lo haremos nunca. ¿No te parece que ya nos has probado lo suficiente?

El mismo tono de paciencia y sabiduría infinitas revestía su voz cuando al verme con el gato me preguntó:

—¿Lo has matado tú?

Yo negué con la cabeza y me puse de pie.

—Ya estaba así cuando llegué.

—¿Y qué haces con ese palo?

—Quería verlo por dentro. Quería ver cómo funciona.

Me miró durante un rato bien largo, con los brazos cruzados. En estos días esa frase me hubiese ganado un par de años de terapia y un millón de pastillitas rosas. Aquellos eran tiempos distintos, pero aun así él era un hombre listo. Sabía que de los niños que arrancan las alas a las moscas o le aplastan la cabeza a un gato con una piedra no se puede esperar nada bueno. Creo que buscaba en mi interés por el gato algo perverso o desquiciado, algo que nunca encontró. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que aquella mirada fue uno de los momentos más decisivos de mi vida. Lo que llegué a ser sucedió en buena parte como resultado de aquel escrutinio.

Finalmente decidió que me creía. Se agachó junto al animal, le echó un buen vistazo y luego miró alrededor. Nuestro patio trasero estaba cercado por una alambrada que tenía más agujeros que la defensa de los Knicks. Y detrás de ella comenzaba un bosque. No muy grande, pero espeso.

—Habría sido un zorro o un coyote. Acércame la pala.

Obedecí, pero lo que pasó después me sorprendió. En lugar de enterrar al pobre animal, como pensé que haría, lo colocó sobre la mesa del garaje. Extendió bolsas de basura y periódicos viejos, y luego me mandó traerle su maletín de médico. Era grande, de cuero ajado, tenía sus iniciales grabadas y pesaba un quintal. Me costó levantarlo hasta la mesa. De él sacó un bisturí y unas pinzas.

—Hacer daño a un ser vivo no está bien, pero esto ha sido un acto de la naturaleza. Es triste, pero puede ser una ocasión para aprender. —Dudó un instante antes de continuar—. ¿Sigues queriendo ver cómo es un animal por dentro?

Asentí.

—Entonces las cosas hay que hacerlas bien —dijo remangándose la camisa. Tenía los brazos fuertes y morenos, llenos de vello, y las manos grandes y hábiles.

Me senté junto a él mientras diseccionaba al animal. Lo hizo como hacía todo en la vida: despacio, delicada y respetuosamente. Me explicó someramente cómo eran los órganos internos, cuál era su funcionamiento y qué ocurría si alguno de ellos fallaba.

Hoy en día ya no se hacen disecciones en el colegio, ni siquiera con ranas, como en mis tiempos. En peores manos que en las que yo me encontraba esa puede ser una experiencia traumática. Incluso muchos años después, los chicos recuerdan los olores y los sonidos de una disección con repugnancia.

Yo sólo recuerdo el aroma a Old Spice y el timbre de voz, grave y seco, del doctor Evans. Aquella tarde se ganó el derecho a que le llamase *padre*, y me empujó por la senda de la medicina.

Veintiséis años después, frente al cadáver de Svetlana Nikolic, recordé aquel instante en que mi padre me enseñó a no temer ni a la sangre ni a la muerte. Respiré hondo e intenté analizar lo que estaba viendo.

La niñera estaba envuelta en un plástico grueso y transparente. Por debajo sólo sobresalían sus pies desn-

dos. Llevaba puesto un chándal azul de los que solía usar por casa, que a través del macabro envoltorio parecía mucho más oscuro, casi negro. Por la parte de arriba sobresalía la cabeza, en un ángulo antinatural. No hacían falta conocimientos de neurocirugía para deducir que le habían partido el cuello. Una ejecución instantánea y casi indolora, pero para la que hace falta una fuerza terrible, bastante más de lo que parece en las películas. Incluso en el caso de una universitaria serbia flacucha.

Lo peor eran los ojos.

Quienquiera que hubiese hecho aquello ni siquiera se había molestado en bajar los párpados, al contrario. Las pupilas miraban al frente, reflejando acusadoras la luz de la linterna. Colocadas en el ángulo exacto, extraño. Quien se acercase a la estantería tenía que rodear la barrera que formaba la bicicleta, justo para encontrarse con aquellos ojos.

Solté un suspiro de pura desesperación.

Quienquiera que hubiese matado a Svetlana era un hijo de puta muy enfermo, y tenía a Julia.

Entonces sonó de nuevo la alerta del teléfono. En la cerrada oscuridad del sótano, las tres alegres campanas resonaron amenazantes, como el aullido de una bestia desde las profundidades de una caverna.

**CREO QUE YA ESTÁS LISTO PARA
QUE NOS CONOZCAMOS, DAVE.**

Aparqué con un frenazo en la calle adyacente al Marblestone Diner. Me bajé del coche hecho una furia, dispuesto a romperle la cara a quienquiera que se encontrase en el interior. Le sacaría el paradero de mi hija a golpes.

No llegué a doblar la esquina cuando algo me agarró por detrás y me estampó contra la pared. El cemento rugoso y descolorido estaba frío contra mi mejilla. Pero no tan frío ni tan duro como el metal que alguien apoyó en mi nuca.

—Ha sido usted invitado a una reunión *sivilisada*, doctor —dijo una voz con fuerte acento de Europa del Este—. Su anfitrión le ruega que mantenga compostura.

Intenté revolverme, pero el brazo que me apretaba contra la pared lo hacía con una fuerza que no admitía discusión.

—Podemos estar aquí tanto tiempo como *nesesite* hasta calmarse, doctor.

Noté que la furia burbujeante que me invadía se diluía, arrastrada por el miedo.

—Ya es suficiente —logré articular.

—Voy a soltarle, *entonses*. No se dé vuelta, camine *hasia* local y compórtese.

La presión sobre mi espalda desapareció, y yo me aparté de la pared. Podía intuirlos detrás de mí, dos sombras oscuras que había captado con el raballo del ojo cuando me atacaron. No parecieron seguirme hasta la entrada, pero obedecí las órdenes sin rechistar. Me habían convencido de que aquel no era el momento de heroicidades ni estupideces.

No le vi al entrar. La cafetería tiene forma de L, y él estaba en la última de las mesas, enfrascado en la pantalla de su iPad. Pero cuando alzó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron, el estómago se me encogió.

Diez minutos antes había estado mirando el rostro muerto de Svetlana Nikolic. Créanme, había mucha más vida en los ojos apagados de la niñera que en las dos piedras azules, frías y brillantes que me acechaban desde el fondo del local.

Se levantó cuando me acerqué y me tendió la mano. No hice ademán de estrechársela, pero el desconocido evitó el desaire convirtiendo su gesto en una elegante floritura, señalando el banco que estaba frente a él.

—Por favor, toma asiento, Dave. Espero que no te haya costado demasiado encontrar el sitio.

Junto al mensaje había adjuntas unas coordenadas de Google Maps que no necesitaba. Conocía bien el Marblestone. Está cerca de mi casa, paraba allí cada mañana a comprar el café antes de dejar a Julia en el colegio. Siempre me atendía Juanita, la camarera del turno de noche. Se acercó a nuestra mesa con su libreta en la mano y pareció sorprendida de verme allí a las dos de la mañana.

—Hola, doctor Evans. ¿Madruga o trasnocha?

La miré con extrañeza. Aquella normalidad, aquella indiferencia. No podía comprenderlas. ¿Acaso no se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo? No, por supuesto que no. Quise hacerle un gesto para pedir auxilio, pero el extraño no me quitaba los ojos de encima.

Intenté aparentar normalidad.

—Es el final de un largo día, Juanita. Tráeme un café, si no es mucha molestia.

—Entre semana nunca viene nadie a estas horas, y menos en una noche como esta —dijo señalando a su espalda con el boli. El local estaba vacío a excepción de nosotros—. ¿Nada de comer?

Negué con la cabeza. Ya que no podía ayudarme, lo único que quería era que se fuese cuanto antes. Cuando se marchó, el hombre y yo nos dedicamos a estudiarnos mutuamente en silencio.

Era joven, más cerca que yo de los treinta. Tenía el pelo rubio y ondulado, y la piel blanca y suave. Los rasgos de su cara parecían cincelados en mármol, y sobre su mandíbula podrían partirse nueces. Llevaba un traje gris de tres piezas, lana fría de Field Tailors, sin corbata. Por cómo le caía en los hombros parecía hecho a medida, y debía de haberle costado tres o cuatro mil dólares.

No es que me interese demasiado la ropa —ese era el territorio de Rachel, que ahora había quedado bastante descuidado—, pero soy neurocirujano en una clínica privada. Vivo rodeado de esnobs que comentan estas cosas. Sí que tengo una afición por los relojes, aunque no pueda comprarme muchos. Y sabía que el Audemars Piguet de edición limitada que llevaba aquel hombre costaba más de medio millón de dólares. No era un reloj llamativo. El valor provenía del interior, que estaba he-

cho a mano y albergaba más de trescientas complicaciones. Pero su caja de titanio y su marca extranjera pasarían desapercibidas para cualquiera que no supiese del precio de aquella máquina.

Y esa era exactamente la idea.

Juanita trajo el café y le dedicó una sonrisa a mi acompañante, que este le devolvió, mostrando una dentadura de color blanco nuclear. Se parecía un poco al actor escocés ese que hace de Obi Wan en las películas nuevas de *Star Wars*.

—*Gracias, señorita linda* —dijo en español.

Juanita se ruborizó ante la galantería y se retiró detrás de la barra. El hombre la siguió con la mirada hasta que ella volvió a su sitio y se colocó los auriculares de su iPod en las orejas.

—El café aquí es excelente, ¿no te parece? —dijo alzando su propia taza.

El acento de colegio inglés y su aspecto de recién salido de las páginas de la revista *Town and Country* eran inmutables. Yo no podía creer que aquel hombre fuese el que había matado a Svetlana y mandado aquellos mensajes. Estaba confuso pero también furioso. Apreté los puños con fuerza bajo la mesa.

—¿Quién es usted? ¿Le envía mi suegro? —dije sabiendo que era absurdo antes de que las palabras terminasen de salir de mis labios.

—¿El ferretero? No me hagas reír, Dave.

No había el más mínimo rastro de humor en sus ojos de cadáver.

—Dígame dónde está mi hija o llamo ahora mismo a la policía —dije, alzando un poco la voz, sin poder contenerme más.

Él se inclinó ligeramente sobre la mesa y frunció el ceño.

—Dave, si vuelves a levantar el tono vas a obligarme a dispensarle a nuestra anfitriona el mismo trato que a Svetlana —dijo haciendo una breve seña hacia la barra—. Tendremos que marcharnos y tener esta conversación en un coche, incómodos, en lugar de en este espacioso local climatizado y a salvo de la lluvia. Perderemos todos, sobre todo los hijos de Juanita. ¿Me he expresado con claridad?

Hizo aquella exposición con una voz tan diáfana y neutra como un camarero que recitase el menú del día de memoria. Aquella gélida naturalidad era pavorosa.

Me quedé mudo por un instante, con la garganta seca.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu decisión? —me apremió.

—No alzaré la voz.

Él sonrió. No fue una sonrisa real. No había luz ni sentimiento en ella, tan sólo músculos cambiando de postura sobre la cara. Muy distinta a la engañosa mueca perfectamente estudiada que le había dedicado a Juanita. También más auténtica.

—Estupendo, Dave. Puedes llamarme señor White.

Volvió a extender la mano sobre la mesa. Esta vez no tuve más remedio que estrechársela. Era fuerte y fría al tacto.

—¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Dinero? No tengo mucho, pero es todo suyo. Sólo dígame dónde está Julia.

—Dave, Dave, Dave. ¿Te parezco un hombre necesitado de efectivo?

—No, supongo que no.

—Y sin embargo... ¿quieres comprarme metiendo

unos pocos pavos en mi vaso, como haces con el sin techo ese de Kalorama Circle para calmar tu conciencia al bajarte del Lexus?

Me quedé helado. A veces íbamos de compras a un centro comercial donde un mendigo se paseaba con un cartel donde ponía «*Beterano de Guerra*» y una gorra de los 76ERS. Solía darle suelto, porque me caía bien.

—Usted no sabe nada de mí —dije ofendido.

—Estás en un error, Dave. Lo sé todo de ti. Sé más de ti incluso que tú mismo. Conozco cada una de tus aristas y tus facetas. El huérfano superviviente. El niño prodigio de la beca en la Johns Hopkins. «Un talento natural para la medicina», decía la *Pottstown Gazette*. Un largo camino desde que repartías periódicos en ese pueblecito de Filadelfia, ¿verdad?

Yo no dije nada, tan sólo revolví el café que no pensaba tomarme. Mi estómago era como un volcán puesto del revés.

—El marido cariñoso. El padre atento pero algo ausente. El vecino amable. El viudo doliente.

—Basta —susurré.

—El cirujano de manos mágicas. El compañero bromista. Tus colegas del Saint Claire te llamaban *Listillo* Dave. Hasta que volviste de esas largas vacaciones tras lo de Rachel. Ahora te llaman *Siniestro* Dave, ¿sabes? No delante de ti, claro. Lo susurran en los vestuarios y por los pasillos. Y algunos anestesiistas se cambian de turno cuando saben que les va a tocar una operación larga contigo. Les da mal rollo.

Yo lo sabía, por supuesto. O más bien lo sospechaba. Pero una cosa es intuir algo y otra es escucharlo del completo desconocido que acaba de secuestrar a tu hija.

Cada palabra que él decía, con su voz metálica y su marcado acento de colegio privado, era como un puñetazo en el plexo solar. Privado de réplica, sin fuerzas para hablar ni la opción de la violencia, era como una marioneta en manos de aquel psicópata.

—No me extraña, por otra parte —continuó—. No es que hayas sido la alegría de la huerta desde que Rachel se suicidó, ¿verdad?

—No hable de mi mujer, cabrón —conseguí articular.

—No me irás a decir ahora que te avergüenzas de ello. Pero si fue un final de lo más tierno. Y esas palabras que te dedicó en su nota de despedida. —Puso una repugnante voz de falsete—: «Mi dulce David. Estaremos juntos para siempre. Guarda cada una de mis sonrisas, y recuérdame como soy ahora...».

No pude soportarlo más y di una fuerte palmada en la mesa. Las tazas dieron un bote, y hubo un ruido de loza y de cubiertos. Incluso Juanita levantó la vista hacia nosotros, intrigada, pero luego volvió a sumergirse en su revista de cotilleos. Por suerte estaba demasiado lejos para poder oír lo que decíamos.

El señor White la controló con el rabillo del ojo y luego se inclinó hacia mí.

—No me harás repetirte mi advertencia de antes, ¿verdad, Dave?

Yo le ignoré. Estaba demasiado ocupado llorando. Me volví hacia la pared para ocultar mis lágrimas. Estuve así durante varios minutos.

Nadie conocía el contenido de aquella nota, salvo yo. Rachel no la había dejado junto a su cadáver, sino que me la había enviado por correo el mismo día en que se fue. Supongo que no quería que la policía ni nadie le-

yese aquellas palabras, que habían salido directamente de su corazón. Había dejado otra nota genérica explicando por qué lo había hecho, y eso fue todo. Yo nunca le había hablado de aquella carta a nadie, y la guardaba en casa, en un cajón de mi escritorio bajo llave. Escucharlas de boca de aquel malnacido era una blasfemia. Me sentí tan violado, tan desnudo e indefenso, que estuve varios minutos destrozado.

Cuando conseguí reponerme me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y reuní las fuerzas para mirarle. Estaba sonriendo, y aquella sonrisa sí que era auténtica.

Lo sé porque daba un miedo mortal.

—De acuerdo, White, maldito hijo de puta chiflado. Ha demostrado que lo sabe todo. Usted tiene el control.

—Ahora empiezas a entenderlo, Dave.

—¿Qué es lo que quiere?

—Es muy sencillo. Si tu próximo paciente sale vivo de la mesa de operaciones, no volverás a ver nunca a tu hija.

Lo miré, muy asustado. Ahora comprendía todo aquello. Por qué alguien como el señor White, que parecía esculpido en dinero, había preparado una operación tan compleja y bien sincronizada. No la quería a ella, ni quería arrebatararnos el poco dinero que teníamos. Pero el precio del rescate era descomunal, inimaginable. El precio del rescate era la vida del hombre al que iba a operar dentro de tres días.

Para salvar a Julia, tenía que matar al presidente de los Estados Unidos.